

Fragmento de novela



Ángel

Javier **Backmann Castañeda**

Universidad de las Américas-Puebla

Capítulo XVIII

Cielo nublado en todo el centro y este del país. Se pronostican lluvias para los estados de México, Puebla, Veracruz y el Distrito Federal. Para los estados de Oaxaca y Chiapas, cielo medio nublado con posibilidad de chubascos moderados...

— Va a caer un aguacero torrencial —me decía Amelia, mientras se secaba las manos en su percutido delantal—. Ya tiene días que el cielo está amenazando con diluviarnos encima.

— ¡Ay! —le respondí—. Si mi mamá hubiera oído el pronóstico del tiempo, no se habría ido a casa de la señora Aurora.

— Sí, —me dijo, al tiempo que restregaba un plato del desayuno con la fibra de fregar—. Le va a tocar un buen baño a tu mamá. ¡Qué bueno que le di un paraguas! Si no, segurito que se empapa; si se ve que la lluvia va a estar tremenda —y mirando hacia la ventana me dijo—. Sólo mira esas nubes, nunca había visto unas nubes tan negras...

Entre los pocos espacios de silencio que entre palabra y palabra dejaba la

voz de Amelia al hablar, podía yo escuchar cómo batallaba el motor de un carro lejano para poder echarse a andar... ¡Era el motor del Deluxe! Andrés se estaba escapando nuevamente.

Sin meditarlo siquiera, me levanté de la mesa y con toda malcriadez me saqué de la cocina dejando a Amelia hablando sola.

Por lo nublado del día, pese a que

no era muy tarde, casi no había luz solar; por tanto la estancia estaba en penumbras. Parecía que al cruzar la estancia corría a lo largo de un oscuro pantano repleto de hambrientos lagartos que me seguían el paso pisándome los talones. Corría con todas mis fuerzas, pues sabía que tras la espesa maleza esperaba por mí una embarcación pequeña, que estaba a punto de zarpar. Sabía también que debía darme prisa si es que quería alcanzar al barco

y escapar del tenebroso pantano. Sin embargo, pese a todo el empeño que puse en llegar a tiempo a la puerta de la entrada, cuando abrí ésta lo único que pude ver fue el humo que salía del tubo de escape del Deluxe. Andrés se había escapado, y sin consideración me



había abandonado a mi suerte en medio del tétrico gris de ese pantano triste y macabro.

Yo, parado en la puerta de mi casa, con mis ojos decepcionados, contemplaba cómo el humo del carro se disolvía en el aire, tal como en el agua se disipan las olas que causa el avance de una lancha en retirada. Poco me duró la decepción, pues lentamente mis ojos comenzaron a agigantarse, manifestando con esto la idea espeluznante que mi mente maquinaba. Sí, en esa ocasión el que Andrés no me llevara no iba a ser impedimento suficiente para detenerme; yo llegaría al cementerio a como diera lugar; sólo que... ¿cómo llegar hasta allá? No les miento, fue más tiempo el que tardé en formular esa pregunta que el tiempo que me llevó hallarle respuesta.

— ¡¡La bicicleta!! — dije, al tiempo en que, con un golpe hueco, tronaba en el aire mis dedos.

Sí, la bicicleta negra, mi regalo de cumpleaños; con toda la acción de los días pasados hasta había perdido el interés en ella. No sé ni cómo fue que llegó a mí la idea, lo que sí sé es que el haber pensado en ella me dio mucha seguridad; creí que era Dios mismo quien quería que yo lograra llegar al cementerio, y con esta gran idea motivaba mis ansias y me brindaba herramientas para que yo pudiera continuar. Mientras caminaba por la estancia de regreso a la cocina, mi memoria se esforzaba por recordar en qué lugar podría haber quedado la famosa bicicleta. Mientras tanto, la estancia se tomaba una vez más en fangoso y escabroso pantano; pero ahora me desplazaba sobre él con total tranquilidad, pues estaba muy confiado en que yo sobreviviría por ser orden divina el que llegara al cementerio, y eso unos mugrosos lagartos no lo podrían evitar. Al llegar a la cocina, Amelia seguía restregando los trastos. Noté que Amelia no había parado de hablar en todo ese tiempo, pues ocurría que ella ni se había percatado de que

yo me había ausentado de la cocina por un buen rato. Me acerqué a Amelia e interrumpí su larga charla con una pregunta imprudente, producto nuevamente de mi mala educación.

—Amelia... ¿Dónde está mi bicicleta?

Amelia, un tanto confundida, cortó de tajo sus palabras y me dijo un tanto insegura:

—Está afuera, en el patio... creo. Ahora con este clima mejor métela, no vaya a ser que se oxide o se vaya a maltratar.

—Sí, Amelia, no hay que dejar que se oxide. Voy por ella.



Desde donde estaba yo parado, tres pasos me bastaron para llegar a la puerta de la cocina que da al patio de mi casa. Abrí la puerta del patio y eché una mirada de uno a otro lado, pero de entre todos los objetos que podía divisar, ninguno de ellos parecía tener llantas o ser un marco negro de metal. Salí entonces al patio para buscar más a conciencia. Las miles de hojas verde-amarillentas que crecen de las plantas sobre las macetas, pintaban nuevamente aquella escena del pantano penumbroso. A mis ojos se hacía fango el pavimento, y en él, los miles de insectos creaban sonidos molestos, que sumían a mi mente en completo desorden. Mis zapatos se hacían cada vez más pesados, pues nuevas capas de fango se iban adhiriendo a ellos. Negro era el

caucho de las llantas que buscaba entre lo oscuro del fango y negras eran las nubes amenazadoras que se concentraban arriba en el cielo, por eso, entre tanto negro, no me era nada fácil encontrar la bicicleta, aún cuando el patio de mi casa es algo pequeño.

En eso, tras unas matas medio secas, vi unas varillas de acero que se distinguían por su brillo de entre lo opaco del fango de aquel horrendo pantano. ¡Por fin había dado con ella! Ahí junto a la pared; tenía sus llantas un poco llenas del lodo que escurre de las macetas, pero estaba

en perfecto estado por lo que concierne a todo lo demás. Tomé la bicicleta del manubrio y me la llevé rumbo a la puerta de la cocina. Con el rodar de las llantas, el lodo se desprendía e iba cayendo al suelo, dejando en el pavimento un rastro de fango delgado y negro.

—Deja aquí la bicicleta —me dijo Amelia cuando entré a la cocina, al tiempo que ella hacía a un lado unos trebejos para abrirle espacio a la bicicleta junto a la alacena.

—No, Amelia, mejor me la llevo a la sala. Si dejas la bici ahí a lo mejor le cae algo.

Amelia hacía con la cara el gesto inconfundible de estar impresionada, y no era para menos, pues era la primera vez que yo desobedecía uno de sus mandatos. Ocurre que ése no era el momento para cumplir órdenes provenientes de algún ser humano, pues había un celestial mandato que era mayor a cualquier orden que lo contrariara. Las ruedas de la bicicleta aún estaban enlodadas, así que fui dejando un rastro lodoso a mi paso a través de la estancia.

Al abrir la puerta de la casa y ver las negras nubes del cielo, me di cuenta del peligro que implicaba esta decisión mía. Era la primera vez que me aventuraba solo a la calle sin que nadie me lo autorizara, así que imaginen lo nervioso que me sentía.

Capítulo XIX

Los edificios miraban al cielo y se arrojaban ante él repletos de temor; temor de sus paredes por el bárbaro diluvio que en breve se les vendría encima. Los cristales de las ventanas se estremecían en incontrolable temblor, poniendo en evidencia su asquerosa cobardía. En las calles, los edificios se ocultaban tras disfraces que imitaban, hasta el mínimo detalle, a las inmensas columnas rocosas como las que se levantan majestuosas en los hostiles desiertos del norte de América. Eran los edificios como las rojas murallas de piedra que el viento erosiona en formas arquitectónicas. ¡Qué ingenuos fueron los muros!, pensaron que con un simple disfraz podrían confundir a las nubes para que éstas no les atormentaran con sus pesadas gotas de lluvia.

Mientras tanto, abajo, conscientes del mal que se cernía, los aterrorizados autos huían en brutal estampida; corrían hacia todos lados tratando de hallar un refugio entre las gigantescas rocas de vidrio y concreto. El golpeteo de sus pezuñas neumáticas sobre el pedregoso suelo del desierto, levantaba nubes espesas de arena y polvo tóxico que irritaban mis ojos haciéndolos llorar un poco. Yo me movía en medio de aquella manada; montaba mi bicicleta, como un vaquero novato monta inexperto a su nuevo caballo. Pedaleaba intranquilo sobre el pavimento, pues sabía perfectamente que al estar inmerso en aquel tumulto, corría infinito riesgo de ser



arrastrado entre las patas de caucho de los búfalos en movimiento.

Tanto me cuidé de no ser arrollado por los búfalos, que no me había dado cuenta de que había yo desviado mi curso. De inmediato tiré de las riendas, detuve al caballo y me bajé de él. Miré después mi entorno queriendo orientarme un poco, pero el disfraz que tenían los edificios me hacía imposible reconocerlos. Era como cabalgar con los ojos vendados a través de un terreno para mí desconocido. Nada de lo que veía me parecía familiar, ninguno de los comercios, ninguno de los edificios, ninguno de los enormes anuncios que ponen en las azoteas de éstos. En ese momento sentí como si yo fuera un prisionero, atrapado en medio del convulso movimiento de los búfalos, pues tarde me di cuenta de que, por culpa de ellos, había confundido el rumbo y estaba perdido por completo.

Mis pulmones agitados acrecentaban la respiración, y mi corazón asustado aceleraba su ritmo. Producto del flujo sanguíneo, la cabeza se me calentó y mi estómago estaba siendo absorbido por un voraz vacío. Al darme cuenta de que estaba yo perdido, el pavor

en mí se propagó; había yo oído tantas anécdotas sobre niños extraviados en las calles, que de sólo recordarlas se me erizaba la piel. Ahí, parado en medio de la calle,

sujetando el manubrio de mi bicicleta, miraba a las rocas temblando y a los búfalos corriendo nerviosos e inquietos, al tiempo que amargos tragos de saliva pasaban por mi garganta tan sólo de pensar que quizá jamás encontraría el camino de regreso a casa.

Escandalosos berridos solté cuando rompí en llanto. Mis manos tuvieron que dejar la bicicleta para acudir al urgente llamado de mi rostro, que estaba siendo anegado por las lágrimas.

A merced de su propio peso, la bicicleta cayó al pavimento emitiendo momentáneos cascabeleos. La vergüenza que sentía por mi llanto me obligaba a esconder mi rostro de la gente; pero la insistencia de mis sollozos hacían evidente mi calvario. Luego... sentí una suave sacudida en mi hombro derecho:

Triste melodía cantaban todas las tumbas, notas de tonos medios que descendían a otros más graves

—¿Qué tienes, hijo? —me decía una dulce voz femenina— ¿Por qué lloras?

Era una señora algo joven, modesta en su vestimenta, pero elegante en sus movimientos. Sentí inmediatamente el olor a frescas rosas que emanaba de su vestido blanco. Mucha ternura reflejaba su mirada atenta y el gesto alegre de sus labios me inspiraba confianza inmensa.

—¡Estoy perdido! —le contesté en medio de hondos suspiros, mientras me restregaba los ojos con mis dedos temblorosos.

—¿Estás perdido? ¿Pero cómo?

—Salí de mi casa y me perdí —le dije avergonzado.

—¿Saliste solo?

— Sí.

— ¿Y dónde vives?

—En Polanco —le contesté un poco esperanzado.

—¿Y qué haces acá tan solo!?

—Vine siguiendo a mi hermano, él iba al cementerio y por venirlo siguiendo me perdí.

Y entonces le pregunté:

—¿No sabe usted de algún cementerio que quede por aquí?

Después de escuchar mi pregunta, la señora se quedó pensando un mo-



mento y después me dijo con voz muy educada:

—Sólo que sea el Memorial... pero queda a cinco cuadras.

—¡Ese es, señora! —le dije emocionado— ¿Dónde queda?

—No... no son cinco, son seis cuadras. Es para allá m'ijo, camina seis cuadras para allá y verás el enrejado de la entrada.

—¿Seis cuadras? ¿Para allá? —le decía, mientras señalaba con mi índice derecho la dirección que ella había indicado con anterioridad.

—Sí, seis cuadras para allá. ¿Seguro que tu hermano estará en el cementerio? —preguntó con cierto tono de preocupación—. ¿No prefieres mejor que te lleve a tu casa? ¡Ya es un poco tarde!

—No, señora, hallaré a mi hermano y me iré con él a mi casa.

—Bueno —me dijo—. Si no, mi casa está aquí a dos cuadras; es el 310 sobre esta calle, está en el segundo piso. Si no encuentras a tu hermano te vienes conmigo, saco el carro y te llevo a tu casa... ¿Sale?

—Gracias señora, pero estoy seguro que sí está mi hermano. Si no, entonces regreso con usted. Gracias.

—Adiós —me dijo y se echó a andar—.

Mientras se alejaba la señora, alcancé a notar sobre su hombro la inconfundible insignia de la cruz roja. ¡Claro!, era una enfermera o quizá doctora. Su sola presencia había aliviado gran parte de mi dolor.

El pulso lentamente se me normalizaba tan sólo de saber que nuevamente tenía rumbo. Tomé la bicicleta, la bajé a la calle, me subí en ella y aprovechando que la luz en rojo mantenía al tráfico en suspenso, me crucé la calle para emprender el camino que aquella amable enfermera me había señalado.

Capítulo XX

Triste melodía cantaban todas las tumbas, notas de tonos medios que des-

cendían a otros más graves con cada cambio de tiempo, para después subir levemente a bemoles muy ligeros, que bajaban de repente a gravísimas escalas. Otra vez en el cementerio, otra vez entre un mar de lápidas; otra vez en aquella tétrica ciudad de cruces, obs-



curecida por la oscura sombra de las nubes. Ni una gota de lluvia había caído aún, pero el aire que pegaba en mi cara estaba ya muy cargado de humedad, inequívoco indicio de la vecindad de una helada lluvia otoñal.

Ya para ese momento, estaba yo seguro de que sí encontraría a Andrés, pues recién había yo visto el Deluxe estacionado afuera del cementerio. Pese a aquella seguridad, pedaleaba con todas mis fuerzas, pues, sin olvidar el motivo original de mi aventura, quería alcanzar a tiempo a Ángel para poderlo ver y de ser posible platicar con él. La prisa incontrolable que tenía por llegar, comenzó a poblar mi mente de astutas decisiones; tenía la vista muy despierta y, con tanta alerta, un atajo se materializó ante mis pupilas. Con la bicicleta me salí del pavimento y la conduje cortando tramo por el pasto, colándome entre las lápidas. Mientras avanzaba sobre el suelo irregular, el pasto hacía aún

más pesado mi ascenso por la leve pendiente.

Miraba yo constantemente hacia el otro lado del angosto pavimento, para no perder de vista aquel frondoso árbol cuya enorme copa se interponía entre mis ojos y el ángel de mármol. Extraño detalle notaba al ver el árbol, pues las hojas de éste lucían más amarillas y sus ramas más despobladas; el otoño había hecho estragos a su natural pigmento y aquella brillante corona de hojas había sido saqueada por el viento.

Con mi rápido avance por las lápidas, logré dejar atrás el árbol. Después, sólo una fugaz mirada bastó para ver de reojo el brillante azul de la chamarra de Andrés; color que se distinguía de manera peculiar por sobre la verde monotonía del pasto. De inmediato me dirigí hacia el pavimento, pero sin salir a él, pues no quería ser descubierto. Sólo me quedé en la orilla, oculto tras una lápida más o menos cercana al pavimento, desde la cual me disponía a observarlo todo sin ser detectado por mis hermanos. Estaba yo muy nervioso y emocionado, tanto que nada quería mirar hasta estar completamente calmado, pues temía que un sobresalto pudiera arrebatarme la conciencia de un momento a otro. Dejé la bicicleta tirada a un lado y me recargué de espaldas sobre el lado más oculto de la lápida; aspiraba profundamente para permitir que el fresco aroma del pasto me tranquilizara, al tiempo que me preparaba para la cuenta final, al término de la cual habría de voltear hacia el otro lado.

—Uno... Dos... ¡Tres!

En menos de medio instante todos mis músculos se accionaron; mis manos se apoyaron en la lápida, mis piernas se arrodillaron y mi cuerpo entero giró ciento ochenta grados para voltearse y ver hacia el otro lado. Mis ojos no fallaron en dar en su blanco, con la misma precisión que un balazo; calló mi mirada sobre aquel impactante cuadro.

Estupefactos, mis ojos se dilataban y sobre mis pupilas el verde reflejo del pasto se difundía, al ver con tremendo asombro que el ángel... ¡el ángel no se movía! ¡No! ¡No se movía! Estáticas estaban sus manos, inmóvil su blanco rostro y las gruesas arrugas de su vestido no ondeaban con el viento. ¡Qué mentira tan infame! ¡Mentira! ¡Todo fue mentira! Los ojos del ángel no lloraban, sus manos no temblaban, sus alas no se abrían al aire y su cabello rizado no ondeaba al viento como Andrés decía. ¡Mentira! Una cruel mentira era lo único que yo descubría.

Incrédulo todavía de tan crudo desengaño, forzaba la vista por obtener del cuadro algo que revelara la veracidad de las palabras de mi hermano; pero buscaba y los segundos pasaban y en todo ese tiempo el ángel no reaccionaba. Su mano izquierda seguía sosteniendo su cabeza, y su derecha sujetaba todavía la antorcha blanca; su espalda seguía arqueada, sus ojos aún estaban perdidos y su cabello seguía petrificado sobre su nuca y parte de su espalda.

Miraba atentamente al ángel, mientras mi herido corazón aceptaba amargamente la maldita realidad. En eso, sobre la lápida por encima de la cual a duras penas mis ojos asomaban, frente a mi rostro, una mosca se posó. Convencido de que ya no quedaba nada más que verle a mi hermano, puse mis ojos bizcos para concentrar la mirada sobre la imprudente mosca. Era negra la mosca, como lo son casi todas, tenía unos enormes y naranjas ojos, y unas alas transparentes y nerviosas plegadas sobre su espalda. Por tiempos movía la mosca sus patas traseras, por tiempos movía las delanteras y las frotaba con



rapidez una contra otra. Caminaba dando pequeños saltos sobre los adornos de concreto moldeados sobre la lápida. Mientras ella andaba por encima de la lápida, yo la veía y estudiaba sus movimientos. De pronto, la mosca levantó el vuelo, y al tratar de seguirla con la mirada, mis ojos mal enfocados tropezaron con la tumba de Ángel y descubrieron que Andrés ya no estaba.

—¡Andrés! —exclamé en voz baja, mientras movía la cabeza de un lado a otro tratando de localizarlo.

Allá a lo lejos, a mi derecha, pude ver la azulada espalda de Andrés cuando se alejaba corriendo. Rápidamente me puse de pie y salí corriendo tras él, con tanta prisa que hasta olvidé recoger mi bicicleta. Ir tras Andrés no fue fácil, pues el cementerio me había dado la espalda y se había puesto del lado de él. Para mi hermano el ce-



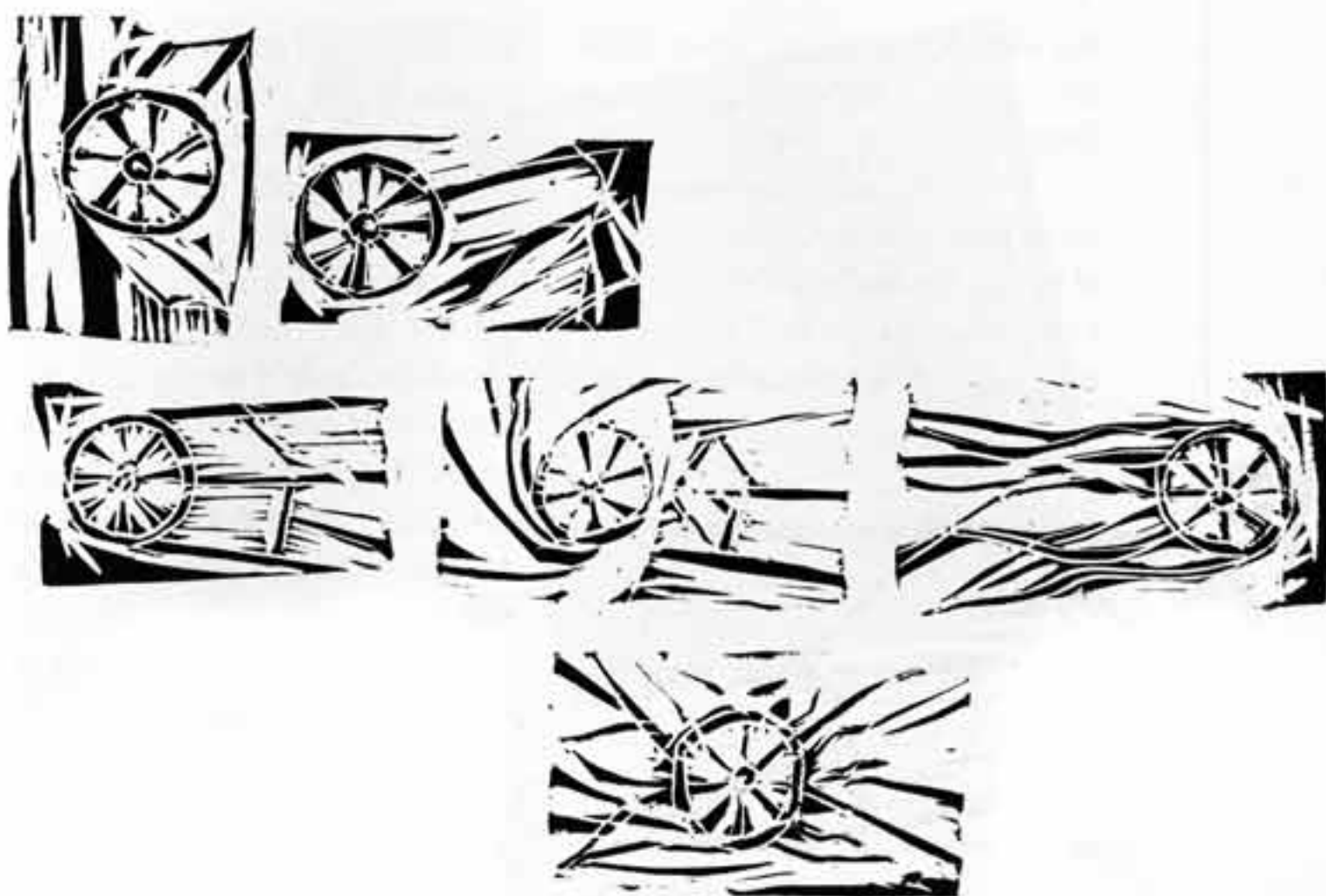
menterio fue como el amable campo abierto, para mí fue como un oscuro laberinto, pues aún el pavimento me parecía confuso. Inmensos portaaviones eran para mí los mausoleos, pues con su facha amenazante obstruían la tenue luz de mis linternas oculares, haciendo que por momentos extraviara a mi hermano entre las aguas sepulcrales. Aquello sucedía al tiempo que las

lápidas tomaban macabra vida, rompían sus filas y caóticas se revolvían disolviéndose con su movimiento toda huella del angosto pavimento. Sí, el mar de lápidas se volvía furiosa tormenta marina, y en medio de aquella tormenta navegaba mi exhausta embarcación con dirección a la bahía de aguas tranquilas del exterior del agitado cementerio.

¡Al exterior! ¡A toda máquina! Decía; pues aún cuando definitivamente había yo perdido toda pista de mi hermano, bien sabía que él no podía ir a ningún otro lado que no fuera la salida. Por ello corrí hacia el gran portal, pues éste es la única vía para salir del lugar. Con las plantas de mis pies punzantes por tanto que habían pedaleado, con las palmas de mis manos raspadas y entumidas de tanto que habían sujetado los frenos de la bicicleta, con mi espalda adolorida y mis ojos casi muertos... corrí... corrí lo más fuerte que me fue posible hasta que por encima de mí vi pasar el ancho y blanco arco de metal, que, como la línea de meta, marcaba el final de la náutica carrera.

Al salir del cementerio me detuve. Primero miré hacia el carro, pero Andrés parecía no estar en él. Pensé después que quizá estaba recostado en un asiento y que por eso no lo podía ver, así que decidí acercarme con cautela; pero al estar frente al auto y mirar por la ventana... no vi a nadie adentro. ¡Oh no!, exclamé por dentro. Creí entonces que quizá Andrés jamás había salido del cementerio, así que debía regresar para buscarlo de nuevo... No fue necesario, pues justo cuando me disponía a entrar, lo vi caminando por la calle no muy lejos del portal del cementerio.

Al ver a mi hermano alejándose de mí, tuve que resignarme a seguir corriendo tras él. Así, las lisas suelas de mis zapatos pronto dejaron atrás el hermoso portal del cementerio, con su reja blanca de barras de acero, su elegante



letrero de "silencio", y los arbustos pequeños que crecen a sus pies. Más allá, dentro del cementerio, las olas de lápidas se apaciguaban, y los mausoleos, derrotados en batalla, se retiraban. Seguí corriendo, y en la carrera mis piernas dejaban hasta el último soplo de esfuerzo, ambas caminaban al ritmo que marcaba mi agobiante jadeo, debilitándose tanto, que a duras penas conseguían tomar algo de vuelo. Mis brazos, por su parte, sueltos y rendidos, pendían sin vida desde mis hombros; y mis labios, reseco y pálidos, suplicaban a las nubes que tuvieran la bondad de brindarles siquiera una sola gota de su dulce líquido.

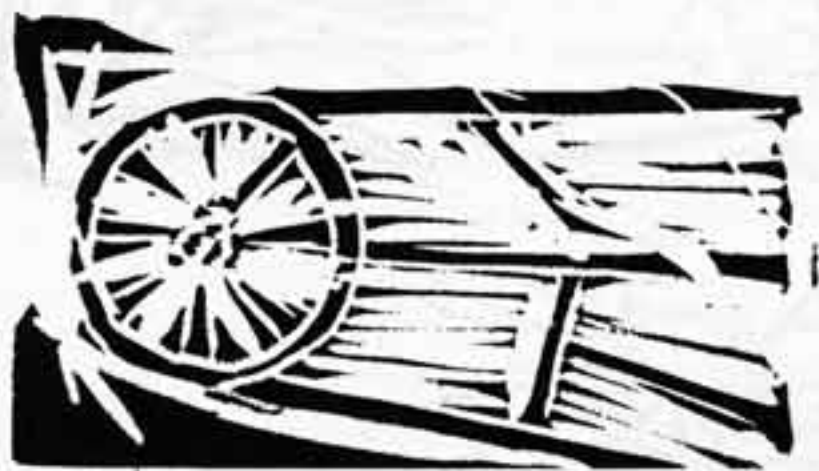
Andrés caminaba muy rápido, pero yo corriendo era más ágil, así que poco a poco le iba dando alcance. Después de correr dos cuadras en el mismo sentido, Andrés dobló la esquina hacia la izquierda. Yo me apresuraba para llegar a aquella esquina y, mientras corría, mis ojos se distraían observando el panorama. Sí, mis ojos veían que en la calle los edificios aún temían por la lluvia; unos con otros se amontonaban como un rebaño de ovejas amenazado por los hambrientos coyotes del desierto.

Aquellas construcciones me miraban con asombro, como si el que yo corriera por la calle solo... fuera algún acto de valor heroico. ¡Qué equivocados estaban! Y pensar que no tenía tiempo para desengañarlos y decirles que si corría solo era por darle alcance a mi hermano. ¡Por fin llegué a aquella esquina por donde había doblado Andrés! Mi cuerpo giraba dándole la vuelta y cuando la pasé... el engorroso escándalo de los carros en la calle pegó en mi rostro, destruyendo sin clemencia mi concentración. Nuevamente tuve que ubicarme, y buscar a Andrés entre la gente; sobreponerme al escándalo del tráfico y penetrar una muralla de hombres y mujeres.

Ahí estaban todos, señoras y señores. Las damas vistiendo sus faldas oscuras, no muy cortas, no muy caras; sus claras camisas de mangas largas y enormes solapas, zapatillas o sandalias, a veces con medias, a veces sin nada, y bolsas enormes que de sus hombros colgaban. Los caballeros, con sus camisas ajustadas, pantalones de sobrios diseños, cinturones gruesos, zapatos de charol negro y alguno que otro usaba espejuelos. Un gran colorido el de to-

dos ellos, tonos azules y grises, ladrillos y rojos, cremas y vinos; verdadera fuente de matices vivos.

Al mirar a la gente, sus rostros para mí carecían de importancia, pues sólo el desfile de prendas cobraba valor; y entre tanta ropa que ante mis ojos pasaba, pude ver la azul chamarra cuan-



do de mí se alejaba hundiéndose en la multitud. ¡Allá vá! grité por dentro, al tiempo que con los ojos y el cuello hacía yo esfuerzos por no perder de vista a Andrés ni un momento. Mi mirada, como la mira de un arma, enfocaba a Andrés sin descanso; y al tenerlo centrado en la mira, tal que si fuera yo bala, me zambullí entre la gente tratando de dar sobre él. Eran tantos los presentes y todos tan apretados, que mi trayectoria nunca pudo ser en recta; sin embargo, lo lograba, le estaba dando alcance a Andrés. De pronto, curiosamente, la masa de gente se disipó, dejándome libre el espacio; quise aprovechar aquella zona despejada para dar el último empujón para así alcanzar a Andrés, cuando en eso, un escalofrío me sacudió al captar con mi oído izquierdo el sonido terrorífico de un apretado enfrenón.

— ¡Fíjate niño estúpido! —el conductor me gritó, aprovechando que por el terror había yo quedado paralizado frente a su carro—. Entre los gritos del señor, la burlona mirada de los transeúntes y el molesto rugido del motor, trabajo me costaba comprender que había yo estado a punto de ser atropellado. Unos cuantos centímetros habían quedado entre mi cuerpo y el carro, y

todo porque, por mi distracción, había cruzado la calle cuando el semáforo estaba en verde para los autos.

Más confundido que antes, sólo pude mover mis pies con dirección a la banqueta de la cual había partido, mientras aquel conductor seguía insultándome desde el interior de su mugroso y verde carro. Otro escalofrío me sacudió al oír el acelerón de enojo que dio el señor en su auto. Frente a mi cara pasó el carro, en tanto mis ojos se veían a sí mismos en la verde carrocería de aquél. Cuando finalmente el carro se apartó de mi recta vista, mi visión se propagó hacia el otro lado de la avenida, que era una plaza abierta y grande en la cual se encontraba Andrés. En lo que esperaba a que el semáforo se pusiera en rojo para poder ir al otro lado, observaba con determinamiento a mi hermano. Ahora estaba yo lo suficientemente cerca de él para notar que cuando Andrés caminaba miraba hacia el cielo, como si buscara algo en él. Quizá buscaba al ángel volando en lo alto o quizá rogaba a Dios que lo salvara de caer. La agonía de su rostro era tal, que se hacía patente aún desde donde yo lo observaba. Andrés se detuvo de repente, sumido en medio de una indiferente nube de gente que se movía a su alrededor; ahí, Andrés, con sus ojos tempestuosos clavados en el cielo, levantó sus brazos hasta dejarlos extendidos a ambos lados como si fuera él un ave preparándose para el vuelo, giró hacia arriba las palmas de sus manos como recogiendo las limosnas de consuelo que le daba el viento... y ahí, sobre él... la lluvia comenzó a caer.

La gente que estaba alrededor de Andrés, al sentir la lluvia, se llenó de horror. Para protegerse del agua las personas pusieron sobre sus cabezas lo primero que tenían a la mano, y así,



al mismo tiempo, todos salieron corriendo buscando protección. Algunos huyeron en busca de un techo, otros corrían a refugiarse a las cortinas de plástico que dan sombra a los elegantes comercios. Hombres y mujeres, niños y mayores también; sin ellos, las calles quedaron casi desiertas... casi, pues todos corrieron... menos mi hermano y yo.

Agua pesada caía sobre las manos de Andrés; y él, con sus ojos cerrados, recibía con gratitud aquel sagrado regalo. Las gotas de agua caían en su cara, seguramente fundiéndose con sus lágrimas, pues aunque nadie más le prestaba importancia a Andrés... yo sabía que él lloraba. Viendo a mi hermano llorando bajo la lluvia, muchas cosas se me hicieron claras. Viendo cómo recibía la amarga delicia

del agua de otoño en su triste cara. Viendo sus manos extendidas, con sus dedos bien abiertos para dejar correr el agua entre ellos. Viendo como el viento le sacudía las gotas de agua que le caían sobre el cabello y viendo cómo éstas bajaban de su cabeza con un cauce más denso que el de ninguna otra parte de su cuerpo. Viendo cómo las lágrimas del cielo se mezclaban con las suyas como la muestra más pura del más bello sufrimiento. Viendo a Andrés llorando solo... comprendí. Comprendí que alguna fuerza debía existir que había salvado a Andrés aquella oscura noche de la fría matanza, pero esa fuerza fue la misma que privó a Ángel del placer de su jardín al que él amaba tanto, y lo obligó a renunciar a su vida, su familia y su casa. Descubrí que no



fue casual el que el ángel de mármol estuviera aparte en el cementerio, del otro lado del pavimento, pues descubrí que aquella condena, de la que todos en nuestra medida hemos sido presos, se prolonga toda la vida y en casos extremos hasta cuando estamos muertos. ¿Qué fuerza tan poderosa descubría, que me quitaba un hermano pero al otro le guardaba la vida?

El peso de mi ropa me obligó a voltear a verme... yo estaba empapado también; mas eso a mí no me molestaba, pues aunque el agua era fría y yo al sentirla temblaba, imaginaba que cada gota de agua era una lágrima pura del alma de Ángel que gustoso lloraba sobre sus dos hermanos. Después, frente a mí, frenaron unos carros, pues el semáforo había por fin cambiado de color; sin embargo, el cansancio me hizo perder el interés en cruzar al otro lado, pues estaba yo tan débil que creí que de un momento a otro podría desfallecer. Sentí que ya era tiempo de romper yo también con aquel pacto secreto que habíamos firmado Andrés y yo, e ir con mi madre a decirselo todo. Así que me di la vuelta y caminé sobre los crecientes charcos que se formaban sobre el pavimento, y en medio del fortísimo aguacero me dirigí a la casa de la atenta enfermera para ver si aquella oferta de llevarme a mi casa seguía en pie ◉